

El cuerpo expuesto

Darwin: golpe a la vanidad humana

Ignacio Solares

Decía Freud que él le había dado el tercer golpe mortal a la vanidad humana con el descubrimiento del inconsciente, que nos obliga a reconocer que estamos gobernados por fuerzas oscuras y que mientras no las llevemos al consciente, vivimos sin ser dueños de nosotros mismos. El primer golpe a la vanidad humana se lo dio Kepler al demostrar que nuestro mundo no es el centro del universo. Y el segundo, que es el que en este caso más nos interesa, es el golpe que le dio Darwin a la vanidad humana al demostrar que el hombre no es eje y flecha de la creación, que no lo creó Dios en un jardín edénico, sino que es producto de una evolución.

En ese tema se adentra Rosa Beltrán con *El cuerpo expuesto*, a mi modo de ver su mejor novela hasta ahora, y de una alta calidad en su escritura, su tema y su investigación.

Como toda gran literatura, al final nos deja con varios como hilos enredados en las manos y la profunda sensación de que por más tangible y concreto que parezca el suelo que pisamos, siempre estamos rodeados por “otro” mundo oscuro e invisible que, sin embargo, en cualquier momento puede manifestarse.

Veamos: como nos lo va revelando *El cuerpo expuesto*, Charles Darwin llevaba más de dos décadas dándole vueltas a la idea de la evolución de las especies, antes de que publicara *El origen de las especies* en 1859, pues desde mucho antes previó que su teoría iba a caer como balde de agua fría sobre los dogmas establecidos no sólo por la ciencia sino también por la fe cristiana.

Conforme avanzaba en sus investigaciones y, sobre todo, a partir de su viaje en el Beagle, se fue encontrando con evidencias que contradecían todo lo que le habían enseñado. Al principio —nos cuenta Rosa

Beltrán—, Darwin “se extasiaba con las maravillas naturales que Nuestro Señor puso un día sobre la Tierra para solaz y estudio de los hombres...”, era una maravilla ver cómo había de especies raras en esas islas perdidas, cuán variadas y distintas unas de otras y más sorprendente aún que el Creador las hubiera mantenido ocultas a los ojos de la civilización desde el origen de los tiempos hasta ese día”. Sin embargo, intuía que había algo que no coincidía con las palabras del *Génesis*—que ni plantas ni animales debían haber cambiado desde que Dios los creó—. Lo sabía porque había estudiado teología en la Universidad de Cambridge y tuvo la intención de ordenarse sacerdote de la Iglesia Anglicana, pero en ese momento no le interesaba cuestionar la validez de la *Biblia* para explicar el origen del mundo. Sin embargo, en una carta a su amigo Hooker, antes de que apareciera su polémica obra, Darwin afirmó que “las especies no son (es como confesar un asesinato) inmutables”. Y cómo no. En la conservadora Inglaterra victoriana del siglo XIX, resulta una verdadera blasfemia siquiera pensar que Dios no había dado vida a todas las criaturas del mundo de una vez y para siempre, sino que eran producto de miles de años de selección natural.

Pero entonces cabe preguntarse: al igual que el cuerpo, ¿el alma también puede evolucionar o involucionar? Y si es así, ¿hacia dónde lo hace? ¿Es el alma eterna e inmutable, dada de una vez y para siempre, o es eterna y cambiante, con posibilidad de evolucionar? Y, sobre todo, ¿en qué podría convertirse la especie humana con esta evolución? ¿Cuándo vendrá el cuarto golpe a la vanidad humana?

El cuerpo expuesto entrelaza dos historias: la de Charles Darwin, en la época en

que da a conocer su teoría de la evolución en *El origen de las especies*, y la de un innombrado personaje en la época actual, quien se considera a sí mismo como “el último darwinista”.

La novela está dividida en tres partes: “Adaptación”, “Conservación” y “Sobreviviencia”, las cuales, a su vez, se dividen en párrafos en los que se intercalan los episodios de ambas historias: la de Darwin contada en tercera persona, y los casos del “último darwinista” contados por sí mismo. La historia de Darwin nos muestra al padre del evolucionismo en los días en que está a punto de dar a conocer su teoría y la forma en que es recibida por la comunidad científica de su tiempo (“Algunos biólogos objetaron el que no pudiera probar sus hipótesis. Dijeron que al leer *El origen de las especies* hubieran querido ver al hombre detrás del mono y que sólo veían al mono detrás del mono”) y luego por la sociedad, al darse cuenta de las implicaciones que tiene el hecho de que el hombre no haya sido creado como tal desde el principio del mundo, sino que sea producto de la evolución de otras especies animales.

Darwin —el “hombre de los ojos tristes”, como lo llama la narradora—, padece una salud mermada que se agudiza por los nervios que le causa la disímbola y enconada recepción de su obra.

“El ‘hombre de los ojos tristes’ ha probado nitrato de bismuto, choques eléctricos, carbonato de amoníaco, agua ozonizada, ha usado trozos de zinc alrededor del cuello y cintura mojados en vinagre, para probar con un nuevo tipo de descargas, quinina, dietas rigurosísimas, arsénico y baldazos de agua helada, todo con la esperanza de curarse, ¿y qué ha conseguido, además de una vida de tortura corporal?”

“Nada permanece inmutable, aunque las variaciones ocurren sólo si alguien es capaz de verlas”, dice el científico inglés al inicio de la novela.

Sin embargo, el “último darwinista” afirma que una vez que Darwin descubrió la teoría de la evolución, el ser humano cree haberse deshecho del azar que implican los cambios evolutivos y cree tener el poder para convertirse en lo que quiera. Por ello decide recopilar y exponer a través de un sitio en Internet los casos de personas que han modificado sus cuerpos, ayudándolos a transformarse en algo muy diferente a lo que supuestamente deberían ser.

El “último darwinista” es implacable en su diagnóstico de la especie humana:

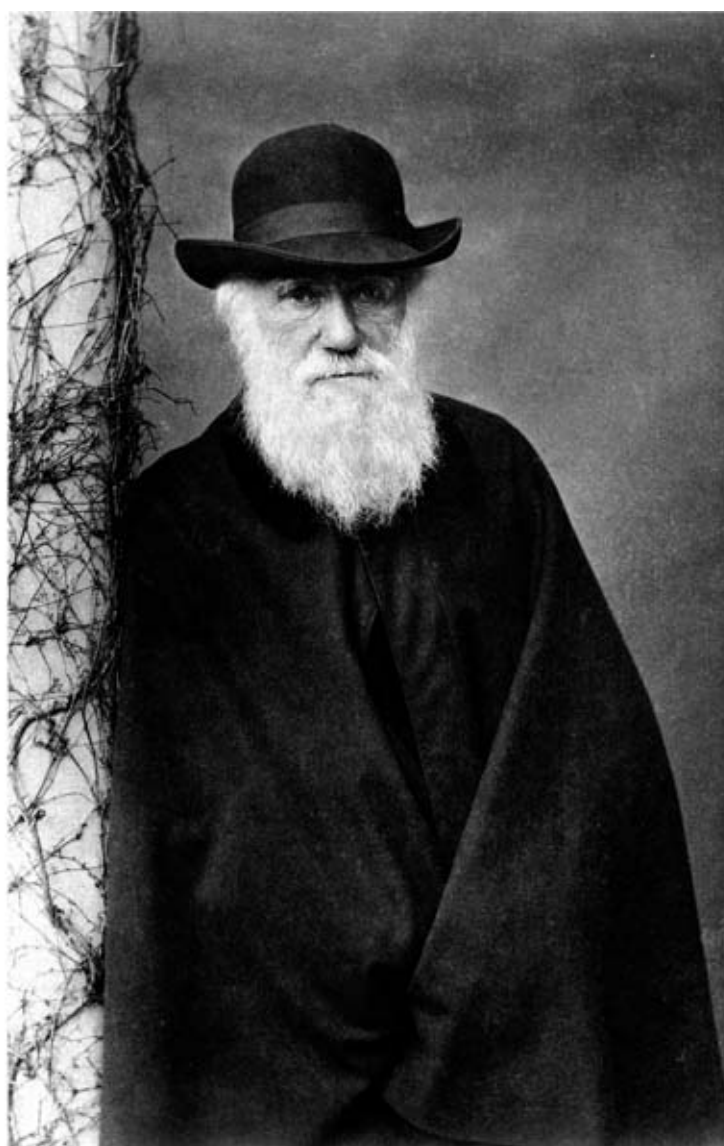
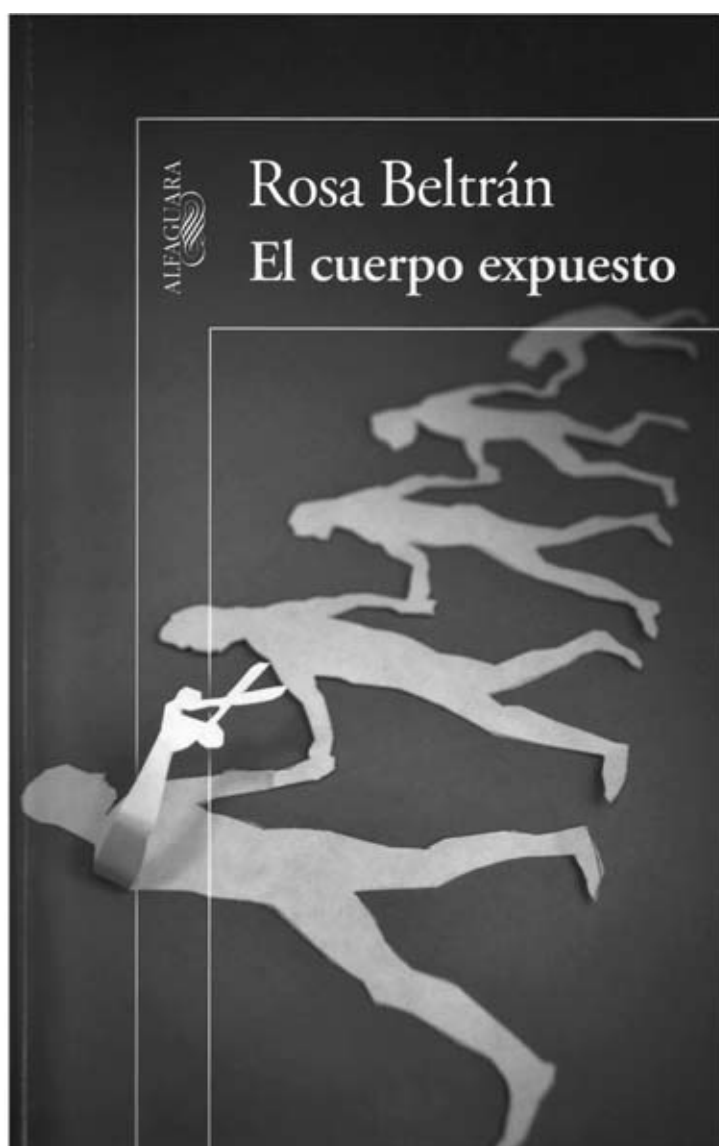
Ni somos producto de la sucesiva orgía de incestos sin límite organizada por el Creador ni somos la materialización del hálito divino. Tampoco, en el proceso evolutivo, nos acercamos a la perfección. Más bien al

contrario. Hemos empezado a involucionar. La civilización se acerca a la barbarie, porque los ejemplares más susceptibles de adaptarse al medio no fueron los “adecuados” en el sentido en que todos lo quisimos creer, incluido el propio Darwin. Somos la prueba fehaciente de la autoindulgencia. La depredación de la propia especie, la doble moral, los excesos de todo tipo y la fascinación por la violencia son la marca de lo que nos caracteriza.

Sobre los distintos matices y manifestaciones de la autoindulgencia, de la depredación, de los excesos y de la doble moral, tratan las diversas incursiones novelísticas de Rosa Beltrán. Desde su primera novela *La corte de los ilusos*, donde aborda la farsa y fugaz vida cortesana del primer imperio mexicano, el de Agustín de Iturbide, nuestra autora analiza con precisión entomológica la forma en que nos relacionamos los seres humanos, pero sobre todo la

manera en que nos esmeramos en tratar de aparecer ante los demás como no somos, de enmascararnos, en ser diferentes a toda costa. Así, en la efímera corte iturbidista, los criollos mexicanos no quieren ser ni criollos ni mexicanos, pero tampoco españoles, y tratan infructuosamente de emular las costumbres y manierismos de las monarquías europeas en una nación que no termina por nacer y con un pueblo que anda en busca de su propia identidad, con un simulacro de corte de pacotilla donde predomina la envidia, la avaricia y la banalidad.

En su segunda novela, *El paraíso que fuimos*, Rosa Beltrán nos introduce en la vida de una familia mexicana de clase media que se esfuerza por aparentar “normalidad” a toda costa, pero en su interior cada uno de los personajes, padres e hijos, se resquebrajan y se hunden en una forma de anormalidad de lo más corriente, a la que los condena la vida moderna, con sus exigencias banales y rituales vacíos. En tanto, en



Charles Darwin

Alta infidelidad nuestra autora incursiona en la problemática de la pareja a principios del siglo XXI, y de nuevo nos encontramos con el asunto de la insatisfacción, de la duda, del no saber cómo actuar para cumplir con las exigencias del otro. Julián, el posmoderno casanova protagonista, se la pasa dudando frente a sus diferentes parejas y amantes, y duda porque no puede hacer otra cosa: se entrega, promete, sueña, fornicia y enloquece de celos, porque detrás de él siempre se encuentra la insostenible duda acerca de la posibilidad-imposibilidad de vivir el amor en total plenitud.

En su cuarta incursión en el género, una novela corta e intrincada, *Efectos secundarios*, Rosa Beltrán nos muestra el desmascaramiento de una impostura: el personaje principal ejerce el peculiar oficio de presentar libros de autoayuda por encargo y con argumentos inverosímiles trata de convencer al público de estar siempre ante “la gran obra del año”, hasta que la reali-

dad termina confundiendo con la ficción, o mejor dicho, la realidad termina siendo secuestrada por la ficción. Con excepcional humor, mostrando una realidad absurda y violenta, la autora hace un elogio de la literatura y del humanismo, las únicas vías de escape a un mundo asfixiante y a veces incomprensible.

Así llegamos a *El cuerpo expuesto*, donde de Charles Darwin y “el último darwinista” son espejos contrarios: mientras el primero se dedica a recopilar evidencias de la larga evolución de los animales, el segundo se encarga de armar un “museo de los horrores” virtual que busca documentar la rápida involución de la especie humana. Y a final de cuentas, ambos tienen que enfrentar el linchamiento social por mostrar el resultado de sus investigaciones.

En su libro *La evolución y el futuro de la humanidad*, publicado en 2008, George F. Hart —profesor emérito de geología en la Universidad Estatal de Louisiana, en Esta-

dos Unidos, y experto en prospectiva científica y tecnológica— propone algo que parece sacado de una delirante novela de ciencia ficción: las próximas especies en las que derivará el *Homo sapiens* en unos cuantos cientos o miles de años. La diferencia con la evolución natural promulgada por Darwin es que la evolución de la especie humana será autoinducida; es decir, el hombre provocará su propia evolución, tan apuntada en *El cuerpo expuesto*.

Así, señala Hart, la próxima especie en aparecer será la del *Homo cosmicus*, cuyos ejemplares se convertirán en los primeros colonizadores del espacio exterior. Muy parecidos al *Homo sapiens*, habrán sido genéticamente manipulados para sobrevivir en otros planetas, por ejemplo, creándoles nuevos órganos, alterando sus sistemas vitales e instalándoles prótesis cerebrales. La siguiente sería la última encarnación del género plenamente humano: el *Homo roboticus*, que sería autorreplicable de forma no necesariamente humana, aunque con una mente parecida. Finalmente, aparecería el *Robotico earthensis*, cuya estructura y conciencia habrían sido diseñadas artificialmente por completo mediante la combinación de robótica, bioingeniería y nanotecnología. “El futuro de la transformación humana es al mismo tiempo un sueño y una pesadilla, pero definitivamente no es una fantasía”, afirma contundente el doctor Hart.

El cuerpo expuesto atisba los primeros pasos de esta evolución-involución del género humano, pero con una mirada no tan entusiasta. Se trata de una novela perturbadora —ya decíamos al principio que nos mueve el piso— y al mismo tiempo fascinante, pues cuestiona el enrarecido entorno en que nos desenvolvemos en la actualidad: individuos inconformes con su realidad, que quieren convertirse en algo diferente a lo que son, pero influidos y manipulados por los medios de comunicación y por sus propios congéneres, con el deseo desesperado de ser aceptados, de encajar en la sociedad y, sin embargo, por más que lo intentan, por más que tratan de “evolucionar”, la deseada satisfacción nunca llega, el egoísmo y el individualismo se recrudecen y la soledad se hace aún más desesperanzadora.

Una novela imprescindible. **U**



Rosa Beltrán